



*El sur
lo encontré en
tus Ojos*

Cherry Chic



*El sur lo encontré
en tus ojos*

Cherry Chic

Esencia/Planeta

- © Lorena González, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com
© Imagen de la cubierta: Shutterstock / BestPhotoStudio
© Fotografía de la autora: archivo de la autora

Primera edición: enero de 2019
ISBN: 978-84-08-19975-5
Depósito legal: B. 28.635-2018
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rodesa
Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.
El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



—Vale, Lola, respira. Tienes que tomar aire profundamente y calmarte. Que se note que las clases de yoga que sigues por YouTube sirven para algo.

Miro a mi alrededor e intento que el pánico no me domine mientras me repito esas palabras una y otra vez. Lola soy yo, por si no lo sabías. En realidad, lo lógico es que no lo sepas, porque acabamos de conocernos.

¿Que por qué me hablo a mí misma? Bueno..., a veces hablo sola. Vale, en realidad no es a veces, porque eso implicaría que lo hago sólo de vez en cuando, y la verdad es que lo hago siempre. Mi hermano dice que sería capaz de hablar hasta amordazada y amenazada de muerte, porque hay algo que me impide estar callada durante mucho tiempo, pero no soy una mujer pesada, lo juro, simplemente siento que tengo una opinión para todo. Que igual ni siquiera es acertada, pero tenerla, la tengo, y eso es lo que cuenta.

Hablo conmigo misma sobre todo cuando estoy nerviosa, tensa o a punto de sufrir un ataque de ansiedad, como es el caso.

Miro otra vez mis dedos llenos de sangre y cierro los ojos porque no puede ser que esté viviendo semejante pesadilla.

Claro que ¿de qué me extraño? Soy gafe. En serio, soy gafe. Mi hermano, mis amigos y mi abuela dicen que no es cierto, pero yo estoy convencida de que la mala suerte me acompaña allá donde voy.

Si no fuera así, no me vería en esta situación.

Aunque, para ser sincera, la culpa de todo esto la tiene el maldito Facebook y su capacidad para convencerme de hacer cosas absurdas, como por ejemplo ir a la playa con un jodido bikini blanco. No parece tan mala idea, ¿no? Pero es que no he acabado.

A ver ahora: ir a la playa con un jodido bikini blanco mientras tengo el periodo.

¿No te parece que todavía sea tan tan grave?

Venga, pues probamos otra vez: ir a la playa con un jodido bikini blanco mientras tengo el periodo y uso una copa menstrual por primera vez en mi vida.

¿A que ahora ya vas viendo el sentido de mi agobio?

«Es muy fácil —decían en el post donde lo vendían, como si fuera la octava maravilla del mundo—. Te la pones por la mañana y te olvidas para todo el día, ni se nota que la llevas dentro.»

¡Ja! ¡Ni se nota! Claro que no, hombre, sólo es un trozo de plástico en forma de cubo metido en la vagina. ¿Quién notaría algo así? De verdad que algunas personas no están centradas, pero yo, que les hago caso sin conocerlas siquiera, menos todavía.

La cosa empezó a ir mal cuando leí en todas partes que tú la copa esta te la colocas y eso se hace el pulpo ahí dentro, porque se abre haciendo ventosa y ya no se mueve en la vida. Visto desde fuera, el asunto no parecía tan difícil y yo, que soy una tía optimista por naturaleza, pensé: «Si tanta gente habla bien del invento, no puede ser tan complicado». Y me fui a mi cuenta de Amazon para buscarla y ver las opiniones que allí exponían.

Yo el problema que tengo es que confío demasiado en las opiniones de Facebook y Amazon. En serio, cuando digo que confío demasiado me refiero a que suelo comprar mierdas que no necesito sólo porque he visto de casualidad que tenía más de diez comentarios y cuatro estrellas y media. Soy así de simplona: si algo tiene más de cuatro estrellas después de diez valoraciones, lo quiero. Sea una copa menstrual, una sartén que no se rompe ni aunque le pase un coche por encima o un afilador de cuchillos. Y

no son ejemplos al azar, tengo la sartén y tengo el afilador. Una maravilla, oye.

Pero a lo que iba es a la copa de las narices. Me la compré y esperé mis veinticuatro horitas en casa a que el señor repartidor de mi zona apareciera con su cara de amargado y, además, cabreado, porque vivo en un cuarto sin ascensor y no todo el mundo es como yo, que pienso que, oye, así se me pone el culo como para partir nueces. No, hay gente a la que subir todas esas escaleras así, de sopetón y sin esperarlo, le jode la vida. El repartidor de Correos de mi barrio es una de esas personas. Siempre está resoplando, maldiciendo y gruñendo cuando abro la puerta. A veces me gustaría decirle que, dado que no tiene más remedio que repartir en mi barrio y que yo soy aficionada a comprar mierdas que no necesito, lo mejor sería que intentara tomarse con positividad nuestra relación, pero creo que sería capaz de mandarme a freír espárragos, así que me estoy callada. No porque me importe que se enfade conmigo, sino porque no quiero que empiece a perder mis paquetes por casualidad. Algunas personas son malas por naturaleza, y éste es uno de éstos. Sería capaz hasta de dejar sólo avisos en el buzón para que tuviera que ir a recoger todos los paquetes, te lo digo yo.

Dios, otra vez me he desviado del tema. A lo que voy es a que la copa me llegó y, como todavía no tenía el periodo, la guardé y decidí que no necesitaba practicar antes de usarla. Si, según las opiniones, eso era más fácil que recitar la tabla del cero. Sólo tenía que esperar al primer día de menstruación.

Bien, el primer día es hoy, y ha dado la casualidad de que mi abuela me ha llamado para decirme que iba a hacer pescadito frito de ese que tanto me gusta y que no cocino nunca porque..., bueno, pues porque implicaría cocinar, y yo eso no lo hago a no ser que quiera impresionar a alguien. Y en ese caso siempre suelo conseguir mi propósito: impresiono a la persona en cuestión, pero para mal, porque después de tragarse algo hecho por mí sólo quieren un poco de raticida y acabar con la agonía para no tener que probar el postre.

Mi hermano dice que yo sería capaz de servirle a alguien un vaso de agua del grifo y conseguir que estuviese imbebible. Mi hermano me quiere, aunque no lo parezca, es sólo que le encanta decirme sus verdades y, teniendo en cuenta que vivimos juntos y que a veces él paga mi parte del alquiler, prefiero dejarle pasar esas cosas propias de la convivencia y del día a día.

Pero, a lo que iba, que otra vez me he ido por las ramas (esto me pasa mucho, como ya has podido comprobar), es a que mi abuela iba a hacer pescadito frito y, claro, estamos en el sur, en verano, y mi abuela es la mujer más guay que conozco, así que negarme era imposible. Se lo he dicho a mi hermano, Edu, que se lo ha dicho a Daniel, uno de nuestros amigos y compañero de piso, y él se lo ha dicho a Manu, nuestro otro compañero de piso. Antes de darnos cuenta nos hemos trasladado todos de la ciudad al pueblo, y hemos estado comiendo pescado y planeando pasar la tarde en la playa. Todo iba bien, la copa esa era un poco incómoda, pero bueno, como parecía cumplir su función, no me he quejado y, después de comer y de tomar café, hemos decidido venirnos a la playa, siguiendo el plan.

Y aquí estamos, en la playa. Ellos, en las toallas tomando el sol junto a mi abuela, y yo, en el baño del chiringuito, intentando controlar mi ataque de pánico.

Todo iba bien hasta que me he metido en el mar y he sentido que la copa de las narices no se había hecho bien el pulpo, porque a mí la agüilla me subía, tú ya me entiendes... No he querido entrar en pánico, he informado a Daniel de mi problema y él ha soltado una carcajada y me ha dicho que me metiera el dedo un momento y me la recolocara. Es un guarro, y me lo ha dicho por fastidiarme, pero no he visto la idea tan descabellada, así que le he pedido que me hiciera de pared mirando a la orilla, y él, que ya me conoce, ha soltado otra carcajada y se ha puesto a silbar la canción de la serie «Verano azul» mientras yo apretaba los dientes y juraba venganza. He mirado a los lados y he agradecido que los bañistas estuviesen lo bastante alejados como para no darse cuenta de lo que estaba

haciendo. He apartado el bikini a un lado, he metido el dedo con la intención de recolocar el dichoso invento y... y todo se ha jodido, porque yo he pensado que sí, que lo había logrado, y he sonreído, y la vida ha vuelto a ser maravillosa. Me he dado un bañito, me he salido y me he tumbado en la toalla mientras Dani le contaba a toda la familia que me había hecho un dedo en el agua con él al lado. Mi abuela ha soltado una carcajada porque es que a moderna no la gana nadie, mi hermano ha puesto los ojos en blanco y Manu se ha cabreado porque decía que deberíamos haberlo avisado y que, si Daniel me había visto hacer guarradas, él también tenía derecho. Sabía que lo decía de broma para mortificarme y no pensaba darle el gusto, así que le he hecho un corte de mangas y me he puesto a tomar el sol.

Un cuarto de hora después me he dado cuenta de que algo iba mal, porque al sentarme para coger una botella de agua de la cesta de mi abuela he sentido un pinchazo en mis partes bajas y, como no quería que los cabrones de mis amigos se rieran más de mí, ni tampoco mi familia, he cogido un euro y he dicho que iba a por un helado al chiringuito. Me he metido en el baño y he decidido recolocarme la copa en un momento.

Y aquí estoy, con las bragas del bikini llenas de sangre, los dedos llenos de sangre y hasta los muslos llenos de sangre. Esto parece la maldita matanza de Texas. No dejo de mirar la puerta de esta cabina, intentando calcular mentalmente cuánto puedo tardar en abrirla, limpiarlo todo, volver a encerrarme, ponerme de nuevo la dichosa copa y salir de aquí corriendo para que nadie vea las braguitas manchadas, volver a donde están los chicos y mi abuela, envolverme en la toalla y largarme para siempre o hacer un agujero en la arena para enterrarme dentro, lo que me lleve menos tiempo.

El problema es que aquí no deja de entrar gente, claro, es verano y esto es un maldito chiringuito en una playa de un pueblo de Málaga que sólo tiene dos cabinas de WC, así que no debería extrañarme.

Intento respirar otra vez, tengo que calmarme si quiero salir de

ésta o acabará por darme un infarto, y sólo me falta eso, para que alguien llame a una ambulancia y me saquen de aquí en camilla, con los brazos en cruz, la copa en una mano y las bragas del bikini en otra mientras grito que no hagan caso jamás de las opiniones de Facebook y Amazon.

Una mártir en toda regla, no me digas que no.

Alguien llama con los nudillos a la puerta, otra vez, y vuelvo a decir que está ocupado. En serio, ¿por qué la gente llama con los nudillos a la puerta de un baño público? Si está cerrada es evidente que es porque hay alguien dentro. ¿Qué piensan? ¿Que llamando con los nudillos harán sus necesidades antes? ¡Al revés! Meten presión, estresan, y las necesidades dejan de fluir.

—Perdona, ¿está todo bien ahí dentro? —pregunta una voz de chica joven.

—Sí, sí. ¡Enseguida salgo! —exclamo sabiendo que no, no voy a salir enseguida porque la cosa aquí dentro se está poniendo chungueta.

He gastado todo el papel del baño limpiándome los dedos, los muslos y la maldita copa, pero ahora tengo que ponérmela de nuevo, así que es probable que vuelva a mancharme y, además, no sé qué hacer con las braguitas blancas, que, a estas alturas, parecen sacadas de una peli de terror.

—¿Estás enferma? ¿Necesitas ayuda de algún tipo? —vuelve a preguntar la chica.

Cierro los ojos, tomo aire y apoyo la frente en la puerta mientras mi culo sigue en pompa; imagina lo pequeño que es este cubículo y lo mucho que puede llegar a agobiar.

No me queda más remedio que contar con la ayuda de esta desconocida, así que cojo aire y me preparo para sufrir la vergüenza del siglo.

—¿Estás sola? —pregunto antes de nada.

—Sí.

—Verás..., tengo un problemilla de mujer.

—Ajá.

—No tendrás de pura casualidad un bikini de repuesto para mí, ¿no?

—¿Qué pasa aquí?

La voz de un hombre me tensa de inmediato. ¿Qué hace un hombre aquí? ¡Es el baño de mujeres!

—¡Fuera de aquí, perverso! —grito desde dentro de la cabina.

—Tranquilo, creo que tiene algún problemilla.

—El problemilla lo tiene tu padre, que está recibiendo quejas porque alguien se niega a salir del baño —dice mientras llama con los nudillos a la puerta—. ¿Estás sola? Si estás con un chico, o metiéndote droga o alguna tontería por el estilo, te aconsejo que lo dejes estar. Te hemos pillado, así que sal ahora mismo y deja que los clientes usen el baño, por favor.

Mi frente sigue apoyada en la puerta, pero, en cuanto él vuelve a llamar con los nudillos, me siento en la taza del váter sin importarme lo más mínimo que pueda coger una infección o salir preñada gracias a todas las mujeres que han pasado por aquí antes para hacer a saber qué cosas. Me da igual, ya todo me da igual porque esto no podría ir peor.

—No estoy con nadie ni me estoy metiendo droga —aseguro con resignación—. Oye, ¿puedes largarte y dejarme con la chica?

—Ni lo sueñes —contesta el hombre.

Su voz es suave pero ronca, seria y tranquila, a pesar de que es evidente que está perdiendo la paciencia.

—Por favor, déjame con ella para que pueda ayudarla —dice la voz de la chica.

—No voy a dejarte a solas con una desconocida.

—¿Qué puede pasarme? —pregunta ella con voz risueña—. Haz el favor de no ser como mi padre y sal, porque, mientras estés aquí, ella no abrirá la puerta.

—Hazle caso, amigo. ¡La chica tiene toda la razón! —exclamo desde dentro.

—Sal —dice él llamando de nuevo a la puerta.

Los vellos se me ponen de punta, porque no ha sido una peti-

ción, sino una orden. Aun así, niego con la cabeza, a pesar de saber que no puede verme y, cuando me doy cuenta de ese pequeño detalle, hablo de nuevo.

—No, no salgo hasta que te vayas.

—Oye, no sé qué problema tienes, pero no pienso irme y dejarte a solas con mi sobrina.

—¿No confías en mí? —pregunto con socarronería.

—¿En una desconocida que se encierra en los baños públicos? No, por supuesto que no.

—Haces bien, yo tampoco lo haría. Hay mucha loca suelta.

Me muerdo la lengua en cuanto hablo porque, a ver, eso no va a ayudarme en nada. Yo es que a veces parezco lerda, de verdad. Suspiro, cansada de mí misma, mientras al otro lado se hace el silencio. Unos segundos después vuelven a aporrear la puerta.

—No te lo advertiré más: o sales, o llamo a la policía.

—¡Tito! —exclama la chica—. ¿Cómo puedes ser así? Sal de aquí, te lo digo en serio.

—No pienso irme y...

—¡Que salgas, te digo! O sales, o le digo a mi madre que te dedicas a meterte en baños públicos para espiar a las mujeres.

—¿Qué...? No serías capaz.

—No me pongas a prueba. Está deseando tener munición nueva contra mi padre, aunque eso implique meterte a ti de por medio.

—No harías eso, tú adoras a tu padre y sabes bien que tu madre sólo quiere hacerle daño...

—Lo sé y, créeme, me daría muchísima pena que mi pobre padre tuviera que sufrir otro ataque de ira de mi mami.

El silencio se hace en la estancia y yo me estoy calladita porque ya tengo bastante con ser la causante, sin querer, de que una chica le haga chantaje emocional a su tío.

Si es que los hijos de divorciados se las saben todas, oye. Yo, como no tengo ni padre ni madre, no entiendo mucho del tema, pero no me digas que no ha estado rápida la chiquilla. Para comer-

sela a besos, vaya. Si al final consigue ayudarme, la invito a un baido o algo, qué menos.

—Tienes dos minutos para convencerla antes de que llame a la policía.

Se oyen unos pasos y, cuando la puerta vuelve a cerrarse, suspiro aliviada. Por desgracia, se abre de inmediato, pero la chica informa a quienquiera que sea que el baño está averiado y poco después vuelve a hacerse el silencio.

—Oye, ¿en qué puedo ayudarte? —dice tras unos segundos.

—Verás..., he tenido un pequeño percance con el periodo, una copa menstrual y unas bragas de bikini blanco.

—Hostias.

—Sí, la situación aquí dentro es complicada, así que, si pudieras darme mucho papel, toallitas y un pareo, toalla o similar, me harías un inmenso favor.

—Vale, tranquila. —Oigo cómo trastea por el baño y, poco después, una mano aparece por debajo de la puerta y cojo el montón de papel que me ofrece—. No tengo pareo ni nada que puedas ponerte, pero voy a salir un momento para buscarte algo.

—¡No! —grito—. No, ni se te ocurra irte, porque si viene alguien más y se queja, tu tío acabará entrando y esto será un desastre.

—Pero tengo que buscarte algo...

—¿No puedes llamar a nadie? O, mejor, ¿puedes dejarme el móvil? Mi abuela está en la playa, la llamaré y vendrá en un momento.

—No tengo aquí el móvil, pero mi padre es el dueño del chirinquito, así que tranquila. Saldré, cogeré alguna toalla que tenga en el despacho y volveré antes de que te des cuenta, ¿de acuerdo?

Quiero gritarle que no, que ni de coña, pero antes de poder hablar oigo la puerta y sé que se ha largado dejándome sola, así que empiezo a rezar para que vuelva pronto. Limpio la copa, me la recoleco como puedo, odiándola con toda mi alma, e intento limpiarme los dedos, pero la sangre se ha secado y es complicado, aunque al menos me libero de la mayor parte. Mi bikini, sin embargo, no sobrevivirá a esto, a no ser que entre rápido en una lavadora.

La puerta se abre antes de que transcurra un minuto y sonrío, llena de agradecimiento, pero cuando aporrean la cabina sé que no es la chica, sino el ogro de su tío.

—Los dos minutos han pasado. Sal de ahí inmediatamente.

—¡Fuera de aquí!

—¡Fuera tú de aquí! —exclama de mal genio.

—En cuanto venga tu sobrina me iré.

—Te vas ya o fuerzo la puerta.

Empiezo a hiperventilar, porque es alucinante que esto me esté pasando a mí. Va a darme un ataque de ansiedad y lo único que tengo para calmarme es... nada. ¡No tengo nada! Bajo la tapa del WC, me subo las braguitas, aunque sea manchadas, y me siento para intentar respirar profundamente. Él vuelve a aporrear la puerta y yo pierdo toda esperanza de que la chica llegue antes de que este energúmeno la eche abajo, así que, mal que me pese, me levanto, presa de un ataque de nervios, descorro el cerrojo que me mantiene a salvo y abro de un tirón dispuesta a fulminar con la mirada al cabronazo que intenta echarme de aquí.

El problema es que no tiene pinta de ogro, sino todo lo contrario. Sus ojos se abren con sorpresa al verme, supongo que porque estoy sudada, tengo el cuerpo tenso y las bragas del bikini llenas de sangre. No es mi mejor imagen, pero imponer, impone un rato. Su mirada se pasea de arriba abajo por mi cuerpo y me doy cuenta de lo azules que son sus ojos. Un momento del todo inapropiado para pensar en ello, lo sé, pero es que son alucinantes. Es alto y tiene cuerpazo, se nota, aunque vista pantalón y camisa. En agosto, en la jodida playa. En el momento pienso dos cosas: la primera, que debe de ser alguien importante o muy estirado; la segunda, que está tan bueno que hace que este incidente sea aún más bochornoso, porque esto habría sido mucho más fácil de llevar con un señor entrado en años, de barriga prominente, pelo escaso y un bigote enorme. No sé por qué lo pienso, quizá sea cosa de la confianza, porque no es lo mismo enfrentarme a alguien con un aspecto im-

poluto que hace de inmediato que me sienta aún más avergonzada de lo que ya estoy.

—¿Contento? —pregunto enfadada—. ¡Ni soy una drogadicta, ni alguien echando un polvo en un jodido baño! ¡Soy una mujer menstruosa, que no es lo mismo que monstruosa, teniendo un ataque de nervios en un baño público!

—Joder —dice él antes de quitarse la camisa a toda prisa.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —pregunto enfadada, pero sin poder evitar fijarme en su esculpido cuerpo.

—Ponte esto —dice echándome la camisa sobre los hombros—. Te ayudará a tapar tu..., eh..., eso.

Meto los brazos por las mangas porque no estoy en posición de rechazar su intento de ayudar, la verdad. Por eso y porque, de pronto, me ha dado un bajón importante. Será cosa de los nervios.

—La culpa es de la copa —digo con resignación y pena.

—¿Qué?

—No confíes nunca, jamás, en las opiniones de Facebook y Amazon. Son el mal. —Él abotona su camisa en mi cuerpo y yo me quedo quieta como una estatua, no sé por qué—. Ha sido un desastre de día —digo al borde de las lágrimas—. Mi abuela ha hecho pescadito frito y yo sólo quería comer como una *cerdi*, darme un bañito y tomar el sol. ¿Era tanto pedir?

—No, claro que no —dice él sin rastro ya de la mala leche que tenía hasta hace unos segundos.

—La copa me ha jodido la vida.

Él frunce el ceño, me mira con sus impresionantes ojos azules y, cuando ve mi cara pálida, cansada y abochornada, sonrío con algo parecido a la dulzura, haciéndome pensar que debo de parecer tan patética como me siento, porque este tío no es de sonreír mucho, se nota, pero está haciendo el esfuerzo de su vida y, oye, lo valoro.

—No sé si te refieres a una copa de alcohol, pero tampoco quiero saberlo. —Hago amago de hablar y él me corta, tirando de las solapas de su camisa, que ya está abotonada y cubriendo mi cuerpo

hasta los muslos, lo que me hace pensar en lo alto que es él y lo enana que soy yo—. Ve a casa, date una ducha y olvídate de este día.

—Tu camisa...

—Tranquila, tengo muchas, y así puedo resarcirme por haberme portado como un idiota.

Me guiña un ojo, sonrío sin despegar los labios y sale del baño, dejándome claro que esta situación es tan incómoda para él como para mí.

Salgo yo también sin esperar a la chica y llego a donde están mi familia y mis amigos, que me preguntan de inmediato qué ha pasado, por qué he tardado tanto y de dónde he sacado esta camisa. Yo cuento mi aventura pensando, como buena inocente, que me entenderán y sentirán mi dolor, pero cuando acabo todos, hasta mi abuela, lloran de risa mientras yo pienso que son una panda de cabrones.

Rebusco en la cesta, cojo los pasteles que había comprado para merendar y me voy dando zancadas en un arranque de dignidad que acaba cuando llego a casa de mi abuela y me doy cuenta de que no tengo llaves, así que me siento en el escalón y espero a que ellos lleguen mientras pienso en lo genial que sería tener un botón de *reset* que eliminara este día de mi vida.